

ESTE ENSAYO, gentilmente cedido para esta decimocuarta entrega de la *Revista de Santander*, fue originalmente leído por su autor en un Congreso Latinoamericano de Filosofía organizado por la Universidad Santo Tomás de Aquino. Es una auténtica novedad en el pensar filosófico comparar la ética de Giacomo Casanova con la de Immanuel Kant en un país donde no se han publicado estudios serios sobre el aventurero-filósofo veneciano. El autor nació en Italia y obtuvo su título de filósofo en la Universidad de Roma, donde realizó también estudios de perfeccionamiento en filosofía bajo la guía del profesor Gennaro Sasso. Trabajó por casi 30 años en el Departamento de Filosofía de la Universidad del Valle, que en el 2002 le concedió un doctorado *honoris causa* en Filosofía. Ha sido director de la revista *Praxis filosófica* y del grupo Praxis, vicepresidente de la Sociedad Colombiana de Filosofía, vicedecano de investigación y coordinador del proceso de diseño y aprobación del programa de doctorado en Humanidades. Dirigió por dos años un trabajo interdisciplinario sobre violencia, guerra y paz. En su trabajo docente e investigativo se ha dedicado en especial a la filosofía clásica alemana y al tema de los derechos humanos. Entre sus libros se destacan los siguientes: *Los derechos humanos en Kant y Hegel* (1993), *Filosofía y derechos humanos* (1994, 1997, 2003), *Los derechos humanos, un desafío a la violencia* (1997), *Derecho a la vida* (2001) y *Violencia, guerra y paz: una mirada desde las ciencias humanas* (editor, 2001).



El nombre de Casanova evoca la imagen de un libertino impenitente, exclusivamente interesado en su placer y dispuesto a utilizar cualquier clase de artimaña con tal de lograr sus conquistas amorosas. Así como otros autores han pisoteado los principios morales en nombre de la política y de los negocios, el veneciano lo habría hecho en nombre de la búsqueda afanosa del placer. En este ensayo quiero mostrar que esta imagen resulta cuanto menos parcial. De hecho una lectura atenta de su obra mayor —les *Mémoires de ma vie*¹— nos muestra a un sujeto acechado

a menudo por sentimientos de culpa y remordimientos y preocupado por las consecuencias de sus acciones, sobre todo cuando afectan a las mujeres que se cruzan por su camino. El lector descubre además con sorpresa que el aventurero veneciano se consideró a sí mismo como un filósofo, empeñado en aprovechar las experiencias de una vida intensamente vivida para verificar o invalidar máximas de conducta, o atrevidas hipótesis acerca de la libertad y el destino.

1. Una semblanza del autor.

A pesar de su mala fama —o quizás por ella— la figura de Casanova sigue llamando poderosamente la atención por su forma tan original y peculiar de enfrentar la vida. El gran seductor sigue seduciendo al lector contemporáneo por su vitalidad desbordada, por el gusto por el buen vivir, y por esa capacidad tan peculiar de deslizarse por el mundo sin perder nunca un refinamiento estético. Gia-

1 Citaré de la edición italiana en tres tomos *Storia della mia vita* (a cura di P. Chiara y F. Roncoroni), Mondadori, Milano, 1989. En las citas —insertadas directamente en el texto— utilizaré la letra inicial de la obra (S), añadiendo enseguida un número romano para precisar el tomo, y el número de página.



Giacomo Casanova

Casanova culmina los estudios de derecho y ensaya la carrera religiosa. Después del fracaso en su primer sermón, intenta mejor suerte en la vida militar, hasta encontrar el oficio más acorde con sus aptitudes: el de aventurero cosmopolita, que se gana la vida vendiendo los proyectos más variados a príncipes y soberanos de toda Europa.

como Casanova nace en Venecia, en 1725, de una cantante famosa en su tiempo, la Zannetta, que logró seducir a una serie apreciable de hombres de todas las condiciones sociales, incluyendo al príncipe de Gales, el futuro Jorge II. Por esto mismo sigue siendo objeto de disputas la paternidad de Giacomo, quien recibió su apellido del esposo de la cantante, pero muy probablemente fue el hijo del conde Grimani. Es posible que las dudas acerca de su origen hayan influido en la afanosa búsqueda de reconocimiento social y en el esfuerzo por ser aceptado como un miembro de la nobleza, una tarea casi desesperada en una sociedad cerrada como la veneciana del siglo XVIII. Giacomo decide incluso asumir el título de caballero de Seingalt, alegando un derecho originario sobre las letras del alfabeto, análogo al que siempre se arrogó sobre todas las mujeres. Por lo demás el duelo con el conde Vraniki —junto con la espectacular huida de la cárcel de los *Piombi*— le aseguran un título de nobleza “honoris causa”, puesto que no era usual que un noble se dignase aceptar el desafío a duelo por parte de un plebeyo.

Cabe por igual destacar el fuerte apego de Casanova a su ciudad. La perla del Adriático había perdido el esplendor de sus tiempos de gloria y se acercaba a su fin como Estado independiente; sin embargo, le seguía disputando a París el título de capital del arte

y de la cultura. La ciudad seguía siendo un escenario privilegiado para la buena vida y para el amor, gracias al embrujo de la laguna y al esplendor de sus palacios, que combinaban el encanto exótico del oriente con una rica tradición arquitectónica propia. Sin contar las obras pictóricas y una tradición musical —de Gabrieli a Vivaldi, de Albinoni a Marcello— que reflejaban la luminosidad del paisaje y la alegría de vivir de sus habitantes.

Gracias a las influencias de su madre y a los buenos oficios del padre, Casanova obtiene una buena educación humanista, culmina los estudios de derecho y ensaya la carrera religiosa. Después del fracaso en su primer sermón, intenta mejor suerte en la vida militar, hasta encontrar el oficio más acorde con sus aptitudes: el de aventurero cosmopolita, que se gana la vida vendiendo los proyectos más variados a príncipes y soberanos de toda Europa, tentando la suerte en el juego, o “aligerando” de sus riquezas a las damas de la aristocracia por medio de la astrología, la cábala y la magia. Entre estos proyectos, cabe destacar la lotería nacional ofrecida al rey de Francia, que Luis XV aprovechó para disponer de recursos adicionales para el Estado. Le ayudan en esta tarea una inteligencia perspicaz, una memoria asombrosa, y una presencia física que no pasaba inadvertida. Viajero compulsivo, el veneciano se desplaza sin cesar por las rutas de Europa, caballero andante en busca de buenos negocios y aventuras, siempre dispuesto a cuidar de viudas olvidadas, huérfanas desamparadas o esposas mal atendidas. A diferencia de don Quijote o de Orlando —uno de los personajes literarios más admirados— no pierde en ningún momento la razón, ni deja de aprovechar las oportunidades de sacarle el mayor provecho a la sinrazón reinante en este siglo esclarecido. Del ideal caballeresco conserva además una radical insensibilidad por el espíritu ahorrativo y por el ascetismo intramundano.

A lo largo de su carrera de seductor Giacomo logra conquistar alrededor



El Gran Canal desde el Palacio Flangini. Giovanni Antonio Canal, "Canaletto".

de doscientas mujeres, una cantidad relativamente pequeña si comparada con las conquistas de don Juan (*mille e tre* no más en España...). Pero por suerte nuestro autor permaneció ajeno a la "lógica contable" del personaje de Tirso de Molina. El relato cínico de los tiempos de la seducción, amor y olvido empleados por don Juan contrasta con el ritmo del amante veneciano, quien se arma de paciencia y construye todo un escenario de seducción; disfruta plenamente y sin apuros, en la parte física y espiritual, los días y meses en que siguen ardiendo las llamas de la pasión; y le dedica un tiempo razonable al duelo, cuando se hace ya ineludible la separación y la búsqueda de un nuevo amor.

Al cumplir los 60 años el aventurero se mira al espejo y decide acabar con su carrera de libertino, para no empañar la fama bien ganada de amante incansable. Se dedica en cambio a la pasión por la escritura y redacta sus memorias, no para "arrepentirse de sus espléndidos pecados"², sino para

2 M. Sarfatti, *Casanova contro don Giovanni*, Mondadori, Milano, 1950, p. 118.

recrear sus placeres por medio de la memoria, y para dejar testimonio de una existencia fascinante. Sus actividades como escritor y filósofo se inician mucho antes de su retiro como bibliotecario del castillo de Dux, en Bohemia. Cabe mencionar la historia de su huida de las cárceles del palacio ducal, un verdadero *bestseller*, el *Icosameron*, una obra que se inscribe en la tradición utópica, y una traducción del griego de la *Iliada*.

2. No todo vale en el arte de la seducción. Ya mencionamos el estereotipo de un Casanova entregado, con una inocencia casi animal, a la satisfacción de sus pulsiones elementales. Así como Maquiavelo habría sacrificado la moral en aras de la razón de Estado, el veneciano lo habría hecho en función de una ilimitada voluntad de placer. Para retomar las categorías de Kierkegaard —aspirante a seductor o seductor arrepentido— Casanova se habría quedado rezagado en el estado estético, sin la capacidad de elevarse hacia el estadio moral y mucho menos hacia el religioso. Se trata de una apreciación muy extendida, compartida por críticos tan distintos como d'Ancona, Jonard, Zotto-

li o Zweig, para citar algunos de los más conocidos³.

Sin embargo, la conducta de Casanova y los principios por él enunciados no concuerdan con este *cliché*. De la reconstrucción de sus experiencias vitales sale a relucir un personaje más complejo, no exento de incoherencias y contradicciones, pero no ajeno a preocupaciones de carácter moral. Si bien el veneciano se burla a menudo del moralismo abstracto⁴, no desdeña las pautas morales arraigadas en la conciencia derivadas de la ley natural⁵.

Ejemplos de esta sensibilidad moral abundan a lo largo de las *Memorias*: “No me podía comportar con C. C. [confiesa el autor al relatar el encuentro con una de las amantes más recordadas] ni como hombre

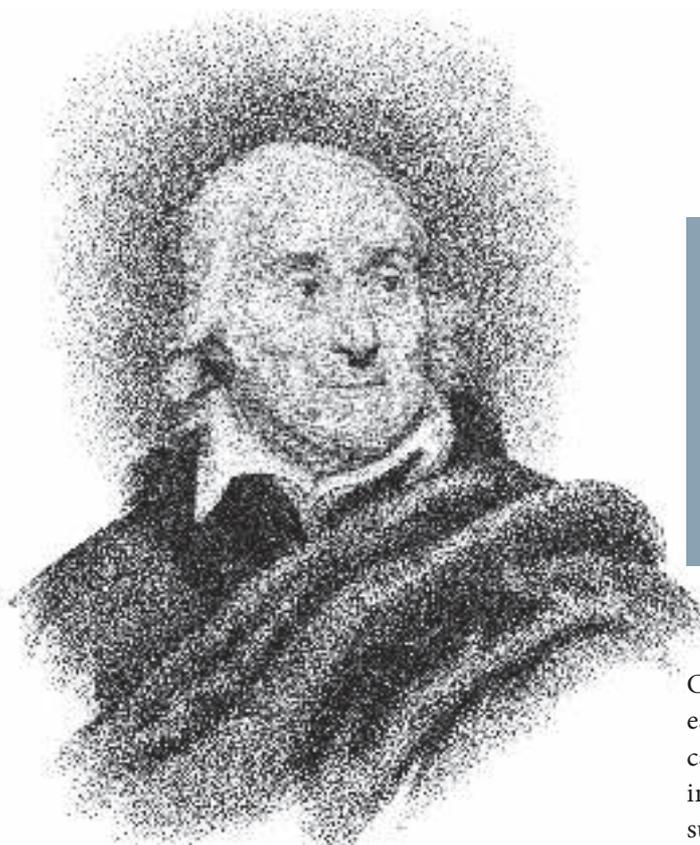
honrado ni como libertino. No podía esperar obtenerla como esposa; pero estaba convencido de que habría matado a quien se hubiese atrevido a inducirme a seducirla”. Por esto la fuerte atracción desata “una gran lucha en su interior, entre el deseo y la virtud de defender a la amada de sus apetitos” (S, I, 853-868). En este mismo episodio Casanova desprecia “la vileza de un desenfrenado libertino que lo sacrificaba todo en aras de su egoísmo” (S, I, 868), al referirse a la conducta nada edificante del hermano de C. C. Frente a Manon Balletti, actriz de la *Comédie italienne*, Giacomo nos confiesa que “el afecto y el respeto que me ataban a su familia me prohibían cualquier voluntad u objetivo de seducción. Pero me enamoraba día a día más de ella, y puesto que no tenía intención de pedirla como esposa, no alcanzaba a explicarme a mí mismo cuáles podían ser mis intenciones hacia ella” (S, II, 213). Cuando siente otra vez la cercanía de una de las mujeres más amadas, la dulce Henriette, se considera ya “indigno de ella”, anotando que “si bien era todavía capaz de amar, no encontraba más en mi alma la delicadeza de los sentimientos de antaño, ni la pasión que justifica la pérdida de los sentidos, ni la dulzura de las costumbres, ni aquella rectitud moral que constituye una componente esencial de la vida amorosa” (S, II, 631).

Es cierto que en sus innumerables viajes por la vieja Europa nuestro autor no desdeña engañar a los incautos, llegando incluso a justificar “la astucia honrada” como un derecho superior que les corresponde a los más hábiles frente a quienes parecerían haber nacido para ser víctimas de la astucia ajena. Es también innegable que sus pautas de conducta en materia sexual resultan a menudo transgresivas frente a la moral dominante en su siglo. Sin embargo, que compartamos o no los límites trazados por Casanova entre lo ilícito y lo permitido en materia de seducción o en cuestiones de negocios, lo que parece innegable es una preocupación por lo moral que atraviesa la *His-*

3 “Un siglo tan puritano y burgués como el XIX —anota R. Gervaso— fue muy severo con Casanova, violador de convenciones y prejuicios, campeón del libre amor y poeta del erotismo”. *Casanova*, Rizzoli, Milano, 1993, p. 352. El estudioso menciona algunos de los juicios más severos acerca del veneciano, definido como “un amoral incapaz de remordimientos, entregado de lleno a los sentidos” por Zottoli; un “bribón refinado a la búsqueda del placer”, por S. Zweig; “un seductor presumido vendido a los inquisidores”, por Jonard; “un producto de la descomposición social”, por D’Ancona. *Ibid.*, pp. 352-53.

4 Anota el autor que no hay que conocer demasiada historia para entender “que en este mundo, tanto en la dimensión física como en la ética, el bien se deriva del mal, y el mal del bien. Pero el moralista afirma: ‘hagan siempre el bien’. De acuerdo. Pero, ¿quién sabe lo que es el bien? Desafío al más profundo de los hombres a realizar el más pequeño de los bienes sin la seguridad de que no procederá de él el peor de los males”. G. Casanova, “Prefazione rifiutata”, en *Pensieri libertini*, Rusconi, Milano, 1990, pp. 52-53.

5 “Dios ha inculcado en nuestro corazón la ley natural: quienes la violan son condenados a la perdición, y quienes la siguen están seguros de ser felices. Las penas y recompensas después de la muerte existen solo por fe; la filosofía nos muestra en cambio las penas y los premios inevitables en esta vida. El género humano detesta al malvado y ama al justo. “Prefazione rifiutata”, ed. cit., p. 50.



“Me creo dueño de hacer públicos los asuntos de mi vida, pero no los de vidas ajenas [...] Indulgente con los prejuicios de la buena sociedad, no pisoteo la fama ni de los vivos, ni de los muertos”. Casanova

toria de mi vida, y que se expresa en titubeos y dudas, o en sentimientos de culpa ante una conducta considerada inadecuada para un ideal del yo plasmado a través de múltiples experiencias. Es suficiente mencionar su preocupación por no infectar a sus *partners* con enfermedades sexuales y no incurrir así en “una iniquidad imperdonable” (S, I, 187); el cuidado de no perjudicar la reputación de las mujeres amadas al escribir sus memorias⁶; o la asistencia y el cuidado por las mujeres seducidas y abandonadas por otros. Uno de los episodios más conmovedores de las *Memorias* es la atención “paternal” prestada por Casanova a Charlotte Lamotte, víctima del amor de un jugador irresponsable, a quien acompaña por trece días en su enfermedad, y de la que llora amargamente la muerte. “Así se comporta un hombre de sanos sentimientos —anota el veneciano— que tiene la desgracia de enamorarse” (S, III, 399).

6 “Me creo dueño de hacer públicos los asuntos de mi vida, pero no los de vidas ajenas [...] Indulgente con los prejuicios de la buena sociedad, no pisoteo la fama ni de los vivos, ni de los muertos”. “Prefazione rifiutata”, ed. cit, p.54.

En este mismo orden de ideas, Casanova se impone unos límites en sus estrategias de seducción. Amante recursivo capaz de aprovechar las circunstancias y de inventar una infinitud de ardidés para lograr sus objetivos, el gran seductor se abstiene del engaño deliberado, del chantaje, de las amenazas y de la violencia. Ello explica quizás las relaciones muy amigables que logra conservar con las mujeres que disfrutaron de su amor. Una monja de Murano, la famosa M. M., le escribe dichosa y agradecida, confesándole que le sigue profesando un amor desmedido, “que lo adora y besa el aire como si él estuviese allí” (S, I, 982). De estos mismos sentimientos de agradecimiento y amor dan fe también numerosas cartas dirigidas al veneciano por varias de sus examantes, un testimonio precioso de la simpatía, afecto y lealtad por parte de las mujeres amadas⁷.

Este especial trato con las mujeres marca también las diferencias con el personaje de Don Juan. Casanova asistió al estreno del *Don Giovanni* de Mozart, que se realizó en Praga en octubre de 1787, y muy probablemente le sugirió al amigo Da Ponte unos versos para su libreto. Sin embargo, un abismo separa su conducta de la del burlador de Sevilla. Si bien ambos —el personaje mítico y el de carne y hueso— viven en los caminos, comparten el desarraigo y prosiguen

7 Cfr. A. Ravà, *Lettere di donne a G. C. con 10 ritratti delle stesse*, Treves, Milano, 1912.

Lorenzo da Ponte.

Casanova confiesa que la búsqueda del placer ha sido el objetivo prioritario de su existencia: “cultivar los placeres de los sentidos ha sido para mí, a lo largo de toda mi vida, la principal ocupación; no he tenido más importantes. Puesto que he nacido para complacer el sexo diferente del mío, lo he siempre amado, y he logrado ser amado por él por cuanto he podido”.

sin cesar la búsqueda de nuevas e inéditas aventuras, difieren en aspectos no menos sustanciales. Don Juan actúa impulsado por el desprecio hacia las mujeres, o por un resentimiento visceral hacia ellas. Su afán de conquista obedece al impulso de engañar a sus víctimas y de pisotear su honra, más que a la gratificación sexual. Por ello aplica sin titubeos el engaño y la violencia; y una vez logrado el objetivo se esfuma de una manera igualmente brutal⁸. Al mismo tiempo la perversión de las mujeres —el objeto declarado de sus andanzas— parecería inscribirse en el empeño más general de transgredir cuanta norma divina y humana se interponga a su voluntad de poder.

En el caso de Casanova, por el contrario, sobran las muestras de cariño, aprecio y gratitud por las más variadas exponentes del sexo femenino, objeto todas ellas de una pasión generosa en el tiempo de la relación amorosa, y de una cálida amistad para el resto de sus días. “Cada una de ellas es la más divina y adorada cuando le toca el turno de ser su objeto de amor”, anota Sarfatti⁹. Para el veneciano, escribe Ficara, “las mujeres son

amigas, no enemigas que hay que debilitar, someter y perder en la seducción”¹⁰. Por ello acaban por transformarse en aliadas en la búsqueda de la felicidad y en la lucha contra el sufrimiento inútil. Y cuando el amor por la libertad o el deber de honrar a otras beldades lo obligan a huir, trata con todos los medios de que la mujer quede amparada por un buen matrimonio¹¹. Su simpatía por las mujeres lo lleva incluso a burlarse de quienes pretenden sustentar la superioridad masculina en una supuesta dependencia del pensamiento y de la voluntad de la mujer de su aparato reproductivo y de sus ovarios. Con igual derecho podría afirmarse, sostiene el autor en *Lana caprina*, que la voluntad del macho es un epifenómeno de sus testículos.

3. Una ética hedonista, en la senda de Epicuro. Casanova confiesa que la búsqueda del placer ha sido el objetivo prioritario de su existencia: “cultivar los placeres de los sentidos ha sido para mí, a lo largo de toda mi vida, la principal ocupación; no he tenido más importantes. Puesto que he nacido para complacer el sexo diferente del mío, lo he siempre amado, y he logrado ser amado por él por cuanto he podido”¹². El autor nos advierte además que en su búsqueda de la felicidad por medio del placer se ha atenido a las enseñanzas de Epicuro, “el más sabio y virtuoso de los maestros de la antigüedad”, y el creador “de la más severa y austera de todas las escuelas”¹³. Siguiendo los pasos del pensador griego, el veneciano ha aprendido que una vida feliz es esencialmente una vida placentera, y que ningún placer debe ser desdeñado, a menos de que su consecución implique una severa dosis de sufrimientos —*nocet empta dolore voluptas*— o que pro-

8 Por su falta de escrúpulos, don Juan “es una mezcla de desprecio, crueldad y resentimiento hacia las mujeres”. Ian Watt, *Mitos del individualismo moderno*, Cambridge University Press, 1999, p.111.

9 M. Sarfatti, *op. cit.*, p. 69.

10 G. Ficara, *Casanova e la malinconia*, Einaudi, Torino, 1999, p. 52.

11 M. Sarfatti, *op. cit.*, p. 75.

12 “Prefazione rifiutata”, ed. cit., p.47.

13 G. Casanova, *Icosameron*, Argentieri, Spoleto, I, p. XXXIII.



duzca después consecuencias desagradables. Reconoce que a veces unos dolores pasajeros permiten conseguir un placer futuro más elevado; pero hace todo lo posible para “tratar de obtener estos bienes a buen mercado”, reduciendo al mínimo las fuentes de dolor.

Al igual que Epicuro, Casanova considera la *voluptas* como el fin más codiciado y deseable, como algo bueno en sí mismo y no en función de fines distintos. Opina también que no se trata simplemente de tomar nota de una tendencia instintiva presente de manera latente o explícita en la mayoría de los humanos, y en especial de aquellos temperamentos “sanguíneos” como el del propio Casanova, “muy sensible a todos los atractivos del placer, y siempre impaciente de pasar de un goce a otro” (S, I, 8). Más allá de esto, la búsqueda del placer se transforma en una auténtica obligación moral, acorde con los designios de una Naturaleza que aborrece el sufrimiento inútil. Más que como un mero instinto, hay que valorar “el placer como un don de Dios”, concedido en

exclusiva al ser humano¹⁴. El carácter moral del mismo se refleja además en la obligación de compartirlo con los demás, para que la felicidad se extienda a la mayoría del género humano. De pronto el placer no logre vencer la muerte; pero sí hace más amable y placentera la vida, y casi que imperceptible el paso del tiempo¹⁵. Casanova comparte, en fin, con Epicuro la polémica contra los estoicos, que pretenden agotar la felicidad en el ejercicio de la virtud, o contra los escépticos que tratan

Regreso de “Il Bucintoro” el día de la Ascensión, Venecia, (1745-1750). Pintura de Canaletto.

14 “Prefazione rifiutata”, ed. cit., p. 50. “El placer es el goce de los sentidos y la plena satisfacción de todos sus deseos [...] El filósofo es quien no rechaza ningún placer, con la excepción de aquellos que producen sufrimientos mayores”, anota en un paso de las *Memorias* (S, I, 804).

15 “Nada puede ser más apreciado en la vida para el hombre que usa la razón, y sin embargo quien más ama el placer es quien mejor ejercita la difícil arte de hacerla parecer breve. No es que se quiera recortar la vida, sino de hacer casi que inadvertido su curso por medio de la diversión” (S, I, 945).



Plaza de San Marcos con la Basílica, 1730. El Canaletto.

de reducir a mera apariencia las experiencias placenteras. Para el veneciano resulta ilusorio creer que la virtud sea capaz de asegurar por sí sola una vida feliz, incluso en condiciones de hambre o servidumbre.

Esta forma de concebir la moral no suena demasiado novedosa en un siglo en el que el placer, objeto prioritario de discursos y debates, es perseguido como el bien soberano. Según La Mettrie, “El placer es la esencia del hombre, y del orden del universo [...] Solo el hombre, este ser razonable, puede elevarse hacia el deleite [...]. El placer es el regalo más bello. Quien lo rechaza, viola las primeras leyes de su origen, y la intención del Creador. Quienes no se quieren a sí mismos, ¿cómo podrán querer a los demás?”¹⁶. Nunca antes el placer había sido tan desmenuzado y observado; ninguna época puede compararse con el rococó en lo que se refiere a la ex-

tación del erotismo, del goce refinado y del gusto por la vida. Lo relativamente novedoso, en el caso de Casanova, es la seriedad con que asume la prioridad del placer en su proyecto de vida, al igual que la idea de que el goce tiene que ser compartido, asumiendo en serio la tarea de asegurarle la mayor felicidad al mayor número de mujeres.

Por lo demás Casanova es un partidario *sui generis* de las doctrinas del Jardín. Para el filósofo griego la estrategia más apropiada para lograr una vida feliz consistía en la reducción de las fuentes de molestia y en la limitación del círculo de necesidades por satisfacer. Su vitalidad desbordante le impide en cambio al veneciano conformarse con la simple neutralización de los factores de preocupación o sufrimiento. Él persigue el goce de manera positiva como una secuencia de estados placenteros, y ve en el apacible regocijo de quien se conforma con pastos frugales y le teme a los goces más intensos o a las pasiones perturbadoras “una felicidad para perezosos o enfermos”, para utilizar una expresión de Saint-Evremond, otro de sus maestros. Casanova disfruta del exceso más que del límite, del ritmo frenético más que de la quieta tranquilidad, de la disposición a ensayar placeres desconocidos más que del apego a un círculo limitado de gratificaciones.

16 Julien Offray de la Mettrie, *De la volupté, Oeuvres philosophiques, II*, Georg Olms Verlag, Hildesheim-Zürich-New York, 1988, pp. 241-247. Casanova comparte con el teórico francés la sustancial identificación entre placer y felicidad, que se diferencian por la duración y el nivel de intensidad: “si la impresión es corta, es placer; si es más larga, es deleite; si es permanente es felicidad” (*Sur le bonheur, Oeuvres philosophiques, II*, p. 85).

Más allá de estas divergencias, el veneciano comparte con el filósofo griego la idea de que la filosofía tiene que servir de fármaco para reducir el sufrimiento y neutralizar las tradicionales fuentes de angustia, como el miedo a los dioses y a los avatares de la fortuna. Nuestro autor considera del todo irracional el miedo a la divinidad, a su juicio una instancia bondadosa ajena a la venganza, que no puede no querer la felicidad de sus criaturas. Y entre las obligaciones que nos ha impuesto este Ser todopoderoso, se destaca “la de procurar todos los placeres imaginables, y de alejar de nosotros todas las penas”. De esta forma la divinidad se transforma en una instancia benéfica y perfectamente funcional, que orienta a nuestro aventurero en el camino del placer, le presta ayuda para ablandar corazones reacios, le garantiza buena suerte en el juego, y le sugiere salidas inesperadas en momentos de crisis, desamparo o desespero. Casanova nunca duda de que Dios está de su lado; por esto la expresión *sequere Deum* se transforma en su lema de vida. Con un Dios semejante de su lado, el veneciano no tiene razones para acudir, como Fausto, a un pacto con el diablo, seguro del amparo de parte del poder divino.

La imagen de un Dios complaciente y de una providencia que vela por el bienestar humano sirve también para reducir el miedo por un futuro incierto. Casanova sabe muy bien que la incertidumbre acerca del mañana, y de los posibles males que nos pueda acarrear, acaba por estropear muchas veces los más intensos placeres. Y para evitar este peligro utiliza, al igual que Epicuro, el argumento de la sustancial asimetría entre placer y dolor: “cuando experimentamos el dolor, conservamos siempre la placentera esperanza de que se acabe pronto, y no nos equivocamos, puesto que, por mal que nos vaya, caemos pronto en un sueño profundo, con unos sueños alegres que nos llenan de calma y consuelo. Cuando en cambio gozamos, no nos inquieta el pensamiento del sufrimiento que inevitablemente llegará

después del goce. Por ello el placer, cuando existe, es siempre puro; el dolor, por el contrario, suele venir mezclado con experiencias placenteras” (S, I, 338).

Lo que en cambio le sigue inquietando es el miedo por esa negación radical de la vida que es la muerte, el punto final de cualquier experiencia placentera. No lo convence demasiado el argumento de Epicuro, según el cual “cuando existimos no está la muerte, y cuando ella llega hemos dejado ya de existir”¹⁷. En un pasaje revelador de las *Memorias*, Casanova anota que “el razonamiento me llevaba derecho a la melancolía, madre descarnada de aquella terrible idea que es la muerte, que no tenía el coraje de mirar en la cara: una fuerza superior a mis fuerzas, que nunca he logrado vencer y nunca venceré” (S, III, 864). Nuestro autor se resiste a creer que “el alma vivirá libre y feliz cuando la muerte del cuerpo la habrá liberado del tiránico poder corporal”. Por eso mismo no se hace demasiadas ilusiones acerca de una posible felicidad eterna. Para saber si somos de verdad inmortales habría que pasar por la experiencia de la muerte, y Casanova pide que se le perdone “si no tiene mucha prisa por conocer una tal verdad” (S, I, 7). La inconformidad con el argumento de Epicuro depende quizás de la distinta manera de concebir el placer. Si lo pensamos en términos de quietud y de *ataraxia*, la perspectiva de la muerte no resulta demasiado traumática. Si en cambio se identifica el placer con la vivencia positiva de estados de goce, la perspectiva de la aniquilación de las sensaciones placenteras resulta irremediabilmente aterradora, al igual que la del deterioro paulatino que

17 Un epicúreo del siglo XVIII como La Mettrie intenta por igual mitigar este terror, comparando la muerte con la caída natural de hojas que “la tierra recibe benignamente en su seno”, o asimilándola con un número vacío: “En la naturaleza de las cosas la muerte no es nada distinto de lo que representa el número cero en la aritmética”. *System d’Epicure, Oevres philosophiques*, I, ed. cit., pp.250-51.

la precede. Casanova odia la vejez porque le huele a muerte. Por ello trata de cosechar en su juventud una suficiente cantidad de placeres cuya memoria le sirva de bálsamo para los achaques de la vejez.

4. Las bases antropológicas de esta ética hedonista. En consonancia con las corrientes materialistas del siglo XVIII, nuestro autor cuestiona la conciencia y el pensamiento como criterio último de certeza, al igual que el dualismo cartesiano entre *res cogitans* y *res extensa*. Al *cogito ergo sum* contraponen la apelación al sentir y la experiencia viva del placer como argumento certero frente al escepticismo: “creo haber existido porque he sentido; por consiguiente, estoy convencido de que no existiré más cuando ya no pueda sentir más. Si después de la muerte seguiré sintiendo, encontraré el asunto muy divertido, pero me cuidaré de desmentir a quienes pretendan convencerme de que estoy muerto”¹⁸. Por esto mismo se opone a la idea de un alma separada del cuerpo. Si es lícito hablar de ella, la única manera plausible es la de concebirla estrechamente vinculada con las funciones vitales de nuestro organismo.

De lo anterior se desprende la prioridad asignada por Casanova a las sensaciones y pulsiones. A su juicio, existen tres grandes categorías de impulsos arraigados en todo ser viviente, relacionados con la necesidad de supervivencia, con el instinto de reproducción y con la necesidad de defenderse frente a los enemigos: “cada criatura del reino animal debe alimentarse, y para que este acto no tenga la apariencia de una mezquina necesidad, la sensación denominada apetito le procura el placer de satisfacerlo; debe también conservar la especie por medio de una actividad sexual placentera [...]; encuentra en fin un insuperable deseo de destruir a sus enemigos” (S, I, 943). En el caso de los humanos, la satisfacción de estos impulsos es

mediada por la reflexión y la razón: “cuando entra a funcionar la inteligencia, la satisfacción se transforma en placer, una sensación inexplicable que nos hace saborear la así denominada felicidad” (S, I, 944). El placer en sentido estricto constituye por ende un privilegio de nuestra especie: “la razón nos permite prever, buscar y organizar el goce, y de volverlo además a saborear por medio de la memoria una vez que lo hayamos experimentado” (S, I, 944).

Más allá de esta diferencia cualitativa entre vida animal y vida humana, Casanova no deja sin embargo de reconocer una profunda unidad entre todas las formas de vida, “una masa sin límite de vidas particulares de otros seres que, por centenares de millones, no hacen nada distinto que morir y renacer, en una secuencia continua nunca interrumpida”¹⁹.

En este breve cuadro de las pulsiones cabe destacar la función positiva asignada por Casanova a la reflexión, apreciada como un recurso para enriquecer la sensación placentera, más que como un obstáculo para una satisfacción plena. Su función mediadora coincide con el papel mismo del refinamiento y de la cultura, que Casanova no mira con ojos pesimistas. “El hombre que ama el placer y es al mismo tiempo capaz de pensar y razonar”, anota en las *Memorias*, “desdeña la glotonería, la lascivia y la venganza brutal impulsada por la ira. Es un refinado catador; cuando se enamora, necesita de la certeza de ser amado para poder gozar a plenitud; y cuando es ofendido, es capaz de postergar la venganza para poderla gozar mejor, preparándola a sangre fría” (S, I, 944).

El tercer aspecto para destacar en esta antropología filosófica es la insistencia en la fuerza de las pasiones, que a menudo desafían el gobierno que la razón pretende ejercer sobre ellas. Para Casanova, el análisis desprevenido de la conducta humana parece-

18 “Prefazione rifiutata”, ed. cit., p. 48.

19 “Prefazione rifiutata”, ed. cit., p. 49.

ría darle la razón a Hume, cuando el filósofo escocés sostiene que la razón es “ministra de las pasiones” o se deja seducir por ellas (S, I, 322). Más vale entonces evitar cualquier clase de dominio tiránico sobre la esfera pasional, a la larga infructuoso e incluso peligroso, puesto que podría provocar la reacción violenta de la naturaleza pisoteada. Esta reivindicación del poder de las pasiones le sirve de paso al veneciano para justificar las locuras en que incurre a raíz de sus arrebatos amorosos, mencionando a menudo el lema *amare et sapere vix deo conceditur* (sólo un ser divino es capaz de amar sin perder la razón). Más allá de este reconocimiento de la locura pasional, Casanova aclara sin embargo que no por esto la conducta humana se resuelve en una respuesta mecánica a estímulos externos. Muy a pesar del azar y del poder de las pasiones, existe un espacio para la libertad, a su juicio una de las facetas más valiosas de la existencia humana²⁰.

5. El decálogo de una ética del placer. De la concepción antropológica, de la teoría de las pasiones y de los principios éticos esbozados en las obras del veneciano es posible deducir un conjunto de normas para la vida.

(1) *No trates de contrarrestar, ni en ti ni en los demás, la tendencia natural al placer y a la felicidad.* El irrespeto de este principio supone la aparición de prácticas aberrantes, o el incremento de la violencia, alimentada por la frustración y el resentimiento.

20 Como bien lo anota Bozzola, Casanova cree firmemente en la libertad, si bien no tiene muy en claro cómo hacer compatible esta fe con la aceptación de un determinismo causal que regula la conducta humana. Hay que abonarle de todas formas el hecho de que no utiliza el determinismo como pretexto para justificar conductas reprochables. Cfr. A. Bozzola, *Casanova illuminista*, Modenese, Modena, 1956.

(2) *Busca el placer como algo valioso en sí mismo, y no como un medio para fines distintos.* Actuar de manera distinta significaría rebajar lo que tiene naturaleza de fin al *status* de bien condicionado o de simple medio. Fiel a este principio, Casanova no utiliza sus dotes eróticas como medio para escalar posiciones sociales, obtener empleos, lucirse en sociedad o vengarse contra terceros. Ni siquiera planifica la seducción con miras a transgredir los códigos sociales imperantes, incrementar su poderío o fortalecer su autoestima. Simple y llanamente busca el placer, y por esto mismo es capaz de entregarse al goce de manera plena y desprevenida, “dejando los cuidados a la triste política”.

(3) *Aprovecha las oportunidades de goce que te ofrece el presente, sin sacrificarlas en aras de un placer futuro.* Ante la incertidumbre del futuro, más vale aprovechar toda ocasión favorable que a lo mejor no se vuelva a presentar jamás. Importa además evitar que el goce actual se vea afectado por remordimientos o recuerdos de sufrimientos pasados, o por angustias derivadas del miedo por males futuros. “Dichosos los hombres que para gozar la vida no necesitan de la esperanza”, anota Casanova (S, I, 526)²¹. En la concepción del tiempo de nuestro autor el presente posee innegables ventajas frente a lo que ya dejó de ser y al por-venir de lo que no existe todavía, dos dimensiones que sólo adquieren valor en la medida en que el pasado asegura una reserva de buenos recuerdos, y el futuro promete nuevas y originales gratificaciones. Entre los brazos de mujeres ardientes y agradecidas como la pequeña Rosalie o la enigmática C. C., Casanova valora a plenitud el valor del *carpe diem* de su querido Horacio, siente que “en la vida no existe otra cosa verdadera distinta del presente”, y se

21 “El hombre más feliz es el que conoce mejor el arte de hacerse tal sin violar sus deberes, y el más infeliz quien ha elegido una manera de vivir que lo obliga a realizar cada día, desde la mañana hasta la tarde, melancólicas reflexiones sobre el futuro” (S, I, 944).

entrega de lleno “a gozar del placer actual, huyendo las imágenes del pasado y las muy negras del porvenir, cargado de angustias e inexorablemente asociado con esa *ultima linea rerum* que es la muerte” (S, II, 799). No se trata por lo demás de concebir el presente como un momento efímero entre la nada de lo ya vivido y la ilusión de lo que viene a ser, sino como un estado de plenitud que se extiende apacible, como si el tiempo se detuviese en una condición de goces tranquilos y placenteros. Como en el caso de la relación con la bella Henriette, y con muchas más: se acuestan enamorados, se despiertan más enamorados todavía, y así sin cesar por unos meses, “dichosos de experimentar la misma felicidad” (S, I, 659).

(4) *Saborea a plenitud los placeres a tu alcance, sin que los afecte el miedo a los dioses o el temor de la muerte.* Ya vimos que para Casanova Dios es un socio bienhechor, más que un enemigo, siempre dispuesto a sacarlo de apuros, e incluso a modificar las leyes de la probabilidad para garantizarle, en las situaciones más disímiles, una cantidad apreciable de mujeres hermosas dispuestas al amor. Él considera “monstruosas” las tesis de quienes le atribuyen a la Divinidad la voluntad perversa de fomentar el sufrimiento de sus criaturas²². Dios no puede no querer nuestra felicidad, y se merece por ello nuestro agradecimiento. Cuando Giacomo logra evadir de la cárcel de los *Piombi*, una hazaña casi milagrosa, al ver el canal de la *Giudecca* vacío, sin góndolas, iluminado por los primeros rayos del sol, se siente inundado por una profunda conmoción, llora de felicidad “y eleva el espíritu agradecido a Dios misericordioso” (S, II, 125).

(5) *Cultiva los gustos más refinados, sin reducir el placer a una simple descarga de pulsiones animales.* Para Casanova la gratificación tiene que involucrar la totalidad de los sentidos y la totalidad de los placeres,

22 “Prefazione rifiutata”, ed. cit., p.50.



físicos y espirituales. Por esto mismo el círculo virtuoso de las experiencias placenteras —relacionadas con las pulsiones eróticas y de supervivencia, pero también con la poesía o la creación artística— se ubica en la esfera de la cultura más que en la dimensión primaria de la pulsión instintiva, en la *deutera physis*, más que en la naturaleza inmediata. La apuesta por la cultura supone mayores dificultades, pero es inevitable en la medida en que el instinto por sí solo no es capaz de asegurar un auténtico placer. Para lograrlo se

Regata en el Gran Canal (Venecia). El Canaletto.



necesita el concurso de talentos, creatividad y fantasía²³. Los libertinos más refinados, anota Casanova, “son capaces de padecer el hambre para saborear mejor un buen plato, de postergar el goce de amor para hacerlo más intenso, o de suspender una venganza para hacerla más letal”. Por eso mismo nuestro autor aprecia los placeres “superiores”,

²³ “Como lo anotara La Mettrie, “a mayor espíritu, mayor disposición al placer y al deleite”. *La volupté*, ed. cit., p. 207.

“He siempre amado a las mujeres hasta la locura —anota es sus *Memorias*— pero he siempre antepuesto mi libertad” (S, I, 794). Por esto el ritmo de la seducción se desarrolla en tres tiempos bien marcados, como en un concierto de Marcello: un *andante grazioso* para el acercamiento; un *adagio appassionato* para el goce; y un *allegro o presto* para la huida.

Casanova pasó más de una semana en *Les Délices*, en la villa de Voltaire muy cerca de Ginebra, a discutir sobre cuestiones filosóficas y teológicas.

complemento natural de los más directamente ligados con el goce material: una evocación poética, una pieza musical nostálgica o apasionada, una pintura sugestiva ensalzan y enriquecen los juegos de amor²⁴. En este sentido Casanova habría cumplido a cabalidad con los exigentes criterios enunciados por Mill para desempeñar la difícil tarea de catador de placeres, y de guía espiritual para indicar los placeres cualitativamente superiores.

(6) *Aprovecha los recursos de la fantasía y de la cultura para alimentar la variedad y evitar el aburrimiento.* Para el aventurero veneciano la vida es demasiado corta en proporción con la variedad de experiencias placenteras a nuestro alcance. Por esto la aceptación resignada de la rutina y de la repetición supone un desperdicio intolerable, que impide apreciar la multiforme riqueza de la creación. En esto Casanova se encuentra en plena sintonía con su siglo que, como bien lo anota Ficara, “ha combatido antes que todo el aburrimiento, considerado la peor de las calamidades en la escala jerárquica de los males”²⁵. De allí la necesidad compulsiva de multiplicar las técnicas eróticas, y también de modificar de vez en cuando el objeto mismo de la pasión amorosa²⁶. Fiel

24 En Vaucluse Casanova llora en la tumba de Laura de Sade, recordando el amor por ella despertado en Petrarca, “el espíritu más profundo que la naturaleza haya logrado producir” (S, II, 765). Allí evoca los versos *Morte bella pareo nel suo bel viso*, y celebra lo sublime de un amor espiritual, en el que “el cuerpo nada tuvo que ver”.

25 *Op. cit.*, p. 64.

26 “La pasión del libertino —comenta Galzigna— no puede no ser sino pasión por lo múltiple, puesto que le tiene pavor a la monotonía y a la uniformidad. La fuerza, constancia y coherencia de su yo dependen de su capacidad de aceptarse a sí mismo —y de ser aceptado por quien lo ama— como un Yo múltiple, discontinuo, diferente en sí mismo”. M. Galzigna, “Gli psichiatri e il libertino”, en *Storia delle passioni* (a cura di S. Vegetti), Laterza, Bari, 2000, p. 215.



a este principio, Casanova confiesa que “se siente obligado a enamorarse cada vez de un objeto que se le presenta como nuevo” (S, III, 840), y evita en lo posible promesas de amor eterno, “una promesa absurda que el hombre no debería hacer nunca, ni siquiera a la mujer más hermosa” (S, I, 311). El amor y el deseo se alimentan de la ilusión de la novedad²⁷, un factor que explica a veces el interés por mujeres no particularmente bonitas. El autor aprovecha de paso para defenderse de las quejas femeninas acerca de la ancestral inconstancia de los hombres: “tendrían razón si lograsen probar que cuando juramos fide-

27 “Si todas las mujeres tuviesen la misma semblanza y el mismo carácter —añade el autor— el hombre no sería nunca inconstante, pero tampoco se enamoraría. Tomaría una para satisfacer su instinto, y la conservaría para toda la vida: el mundo mismo sería diferente. En cambio lo que nos domina es la novedad: sabemos que lo que las mujeres esconden es más o menos igual en todas, pero lo que nos muestran nos hace creer lo contrario. Y es suficiente” (S, I, 1086).

lidad eterna lo hacemos con la intención de faltar a lo prometido” (S, I, 1093).

(7) *No pienses exclusivamente en tu placer y esfuérzate por cooperar con el placer ajeno.* Esta máxima puede ser interpretada en términos estrictamente utilitaristas, en la medida en que el placer ajeno contribuye a incrementar el goce de quien lo produce o fomenta. Es lo que parece sugerir este paso de las *Memorias*: “He siempre preferido postergar al máximo la culminación de mi placer, también porque el goce de la mujer ha siempre representado para mí los cuatro quintos del mío” (S, I, 326). Sin embargo, muchos otros textos sugieren una solidaridad desinteresada por parte de quien colabora con la felicidad ajena, simplemente porque experimenta una profunda *simpatía* con el

sufrimiento y la dicha de los demás. Entre los aspectos más detestables de la vejez, el veneciano destaca el hecho de que ella “nos permite procurarnos placer, sin poderlo brindar a los demás” (S, I, 326)²⁸.

Sin formularlo de manera explícita, Casanova actúa en consonancia con el postulado básico del utilitarismo, relacionado con la necesidad de *contribuir a incrementar el mayor placer para el mayor número*. Interpreta además en sentido literal la idea del mayor número, justo como lo harían los *san-culottes* con la noción rousseauiana

²⁸ La solidaridad con el goce ajeno parecería sustentarse además en este ulterior postulado: “quien despierta los deseos tiene de alguna forma la obligación de apagarlos” (S, I, 437).

Casanova conoció personalmente a Luis XV y a Catalina de Rusia.



de voluntad general. En este orden de ideas, la ampliación del catálogo de amantes responde a la toma en serio de su “vocación de servicio” y a su compromiso por reducir las frustraciones y el sufrimiento. La misma escritura de las *Memorias* responde al propósito de incrementar el placer en los lectores de las generaciones futuras²⁹. Nada extraño también que ante una tarea tan desmedida nuestro autor acuda a criterios de eficiencia: si con las mismas prestaciones es posible satisfacer a dos o más a la vez, parecería criminal conformarse con menos³⁰. En el marco de este compromiso más general se inscriben también las ya mencionadas preocupaciones pedagógicas de Casanova, siempre dispuesto a brindarle un “aprendizaje gozoso” al público femenino más necesitado (S, II, 800).

(8) *No monopolices el objeto del placer y muéstrate dispuesto a compartirlo en función de sus necesidades.* Casanova parecería convencido de que la apropiación privada de toda clase de bienes viola las intenciones del Creador, quien le hizo entrega a la humanidad en general —de manera colectiva y no individual— de los tesoros de la creación. Y parecería darle en esto la razón a Rousseau, cuando el filósofo de Ginebra sostiene que el mal ejemplo ofrecido por quienes se atrevieron a apropiarse de manera excluyente de bienes públicos habría desencadenado un sinnúmero de atropellos, conflictos y violencias. Por eso mismo no está conforme con la

idea de que “un esposo adquiriera derechos de padrón” sobre su mujer (S, II, 868), y disfruta de un placer adicional cuando logra socavar este dominio ilegítimo. Al comentar sus planes de seducción con M. M., el autor anota que, en caso de tener éxito, “habría gozado de un fruto prohibido, quitándole derechos a un esposo omnipotente” (S, I, 945).

(9) *Trata de evitar las cadenas del amor, para preservar tu libertad.* Al igual que todo “respetable” libertino, Casanova trata de evitar que la relación afectiva lo involucre hasta el punto de que los caprichos, la resistencia o la pérdida del objeto amado se transformen en fuente de angustia y sufrimientos, o recorten su libertad. “He siempre amado a las mujeres hasta la locura —anota en sus *Memorias*— pero he siempre antepuesto mi libertad” (S, I, 794). Por esto el ritmo de la seducción se desarrolla en tres tiempos bien marcados, como en un concierto de Marcello: un *andante grazioso* para el acercamiento; un *adagio appassionato* para el goce; y un *allegro o presto* para la huida. Nuestro autor le teme al matrimonio casi como a la muerte; “nada lo retiene por mucho tiempo, nada lo obliga [...] y siempre hay mujeres listas para entrar en su vórtice magnético”³¹.

Es obvio que sus relaciones afectivas se parecen más al *amour-goût* de que habla Stendhal, que al arrebatador amor-pasión de los románticos³². En ocasiones puntuales, como en su relación con Henriette, el veneciano se entrega de manera incondicionada, comprometiendo cuerpo y espíritu. En estos casos, cuando la pasión trasciende el mero goce erótico, nuestro autor habla “de la necesidad de un amor verdadero y feliz” (S, I, 919), sostiene convencido que “no se puede amar a dos personas al mismo tiempo” (S, I, 968), o llega incluso a afirmar que “los placeres de Venus valen muy poco si no nacen de

29 “Este hombre escribe su historia para divertirse, renovar los placeres experimentados por medio del recuerdo y para reírse de las penas padecidas ya desaparecidas. Escribe su vida cuando cree que ha terminado ya de vivirla”. “Prefazione rifiutata”, ed. cit., p. 48.

30 El aprendizaje juvenil con Nanette y Marton es el abrebocas de innumerables “tríos” o “cuartetos”, que se repiten con diferentes ritmos y modulaciones a lo largo de las *Memorias*. Es suficiente mencionar la gratificante experiencia con Lucrecia y Angélica, y sobre todo con las monjas C. C. y M. M.

31 Ph. Sollers, *Il mirabile Casanova*, Il Saggiatore, Milano, 1999, p.16.

32 Stendhal, *De l'amour*, Gallimard, París, 1980, p. 27.

dos corazones que se aman y entre los cuales reina la más perfecta armonía” (S, I, 253). En otras palabras, Casanova no desconoce la posibilidad de integrar en una rica experiencia humana erotismo y ternura, corazón y razón³³. Pero por lo general sus amores se agotan en un conjunto de experiencias placenteras.

(10) *En la búsqueda del placer no entregues nunca tu dignidad, ni perjudiques la de los demás.* Se trata del respeto por nosotros mismos y por los demás, que aleja el peligro de utilizar las personas como fichas al servicio de una voluntad de placer o de poder. Por lo general Casanova se mantiene fiel a este precepto. Y cuando lo incumple, como en el caso de la frustrante experiencia con la Charpillon, paga duramente la “violencia de respuesta” de una mujer que se burla de él de manera descarada.

6. Una comparación con Kant.

Si bien Casanova y Kant pertenecen a una misma generación —el alemán nace un año antes y muere seis años después del veneciano— los dos pensadores nunca se encontraron. En sus correrías por los caminos de Europa Casanova pasó por Königsberg en su viaje hacia San Petersburgo, pero no sintió la necesidad de visitar a un filósofo en esa época todavía no muy conocido por fuera de Alemania. En cambio pasó más de una semana en *Les Délices*, en la villa de Voltaire muy cerca de Ginebra, a discutir sobre cuestiones filosóficas y teológicas. Una comparación entre el veneciano y el alemán parecería un disparate, por las diferencias tan marcadas entre uno y otro. Los partidarios de Kant podrían juzgar incluso irrespetuoso comparar el filósofo del imperativo categórico con un *certain plaisant* —como lo definió

Voltaire—, o con un desocupado del espíritu y un filósofo de la superficialidad, de acuerdo con las palabras de S. Zweig. Sin embargo, en la medida en que ambos escriben sobre temas filosóficos y éticos, en el mismo marco de la edad de las luces, tiene sentido contrastar los axiomas en que se fundamentan sus reflexiones y las consecuencias que deducen de ellos.

Empecemos por destacar las diferencias más protuberantes. En cuanto a presencia física, la figura imponente y avasalladora del veneciano contrasta con la frágil y débil del alemán, a pesar de que la actitud ahorrativa y la dietética le aseguran a Kant más años de vida. El filósofo de profesión permanece toda su vida en Königsberg, y conoce el mundo en calidad de “viajero virtual”, a diferencia del filósofo aficionado que recorre incansablemente los lugares más apartados de Europa. El primero se despidió de este mundo con una escasa o insignificante actividad erótica, al tiempo que el segundo es todo un maestro en el arte de la seducción. En fin, la ética hedonista teorizada y practicada por el veneciano es cuestionada de manera radical por el autor de la *Crítica de la razón práctica*.

Más allá de estas diferencias, existen de todas formas una serie de elementos comunes: a) ambos se autoproclaman filósofos y aprecian la época de las luces; b) los dos comparten una actitud crítica frente a los prejuicios, la credulidad y la superstición, y parecerían incluso coincidir en una actitud agnóstica en cuestiones relacionadas con el más allá y los milagros³⁴; c) ambos logran evadir, con diferentes motivaciones, las obligaciones del matrimonio, considerado por el alemán como un obstáculo para sus investigaciones filosóficas, y por el veneciano como

33 M. Galzigna, *op. cit.*, p. 220. A esta clase de amor se refiere el autor cuando anota que “la virginidad es un plato exquisito que se aprecia de verdad sólo gracias a la divina sazón del amor” (S, I, 311).

34 “Para hacer un milagro debería yo violar el orden de la naturaleza en el universo; no se me puede atribuir la capacidad de cometer una tal injusticia”, sostiene Dios en el “Sueño de un cuarto de hora”. En *Pensieri libertini*, ed. cit., pp. 347-48.

una condición incompatible con su libertad. Llama por igual la atención el hecho de que los dos coinciden en considerar a la mujer como el objeto privilegiado del análisis filosófico, a pesar de que utilizan estrategias encontradas para lograr este cometido: el uno se conforma con conocerlas por medio de principios *a priori*, o a través de los libros; el otro le apuesta en cambio al papel irremplazable del conocimiento empírico por medio de la experiencia, convencido de que sólo en la interacción erótica las mujeres expresan sin disfraces su verdadero ser; e) ambos se reconocen y auto proclaman como ciudadanos del mundo o cosmopolitas, a pesar del apego a su tierra³⁵.

Para los fines del presente trabajo importa de manera especial contrastar la *ética del placer* profesada por Casanova con la ética kantiana de la virtud, directamente vinculada con la crítica del eudemonismo dominante a lo largo del siglo XVIII. Recordemos brevemente los principales argumentos utilizados por Kant para cuestionar la elevación del placer al rango de fin último del ser humano: a) la transformación de la búsqueda del placer en la tarea prioritaria de la conducta humana supondría la negación del deber, puesto que el placer es algo que los seres humanos buscan de manera natural e instintiva; b) la razón se tornaría una herramienta inútil, ante la evidencia de que el instinto parece asegurar la gratificación de manera más directa y segura; c) tendríamos que conformarnos con unos principios éticos carentes de universalidad y necesidad, puesto que sólo la experiencia puede indicarnos de manera atendida lo que se requiere para lograr una vida placentera; d) la autorrealización humana se transformaría en una tarea de difícil cumplimiento, a causa de las oscilaciones acerca del ideal de felicidad y de las

estrategias para materializarlo, y del acervo de conocimientos necesarios para asegurar satisfacciones placenteras a lo largo de toda una vida.

Una posible respuesta de Casanova a estas críticas se podría resumir en estas cuatro estrategias argumentativas:

a) No es cierto que la ética hedonista carezca de obligaciones, ya que exige por igual la atención altruista al placer del otro y el deber de contribuir a fomentar la mayor felicidad para el mayor número, más allá del interés meramente egoísta.

b) La reivindicación del instinto como una herramienta más segura que la razón para asegurar la felicidad no merece mayores comentarios, puesto que ni el mismo Kant parecería tomarla en serio. De lo contrario, habría que denunciar un burdo desconocimiento de la naturaleza compleja y polifacética del placer.

c) Lo que se deriva de la experiencia es en realidad el conjunto de estrategias y tácticas para incrementar el placer. En cambio la valoración del mismo y la obligación de perseguirlo bien podrían ser consideradas como unos principios *a priori*, universales y necesarios.

d) El hecho innegable de que la búsqueda del placer se transforma en una tarea exigente, que sólo unos cuantos elegidos logran desempeñar de manera exitosa, no significa tener que descalificarla a la hora de organizar nuestra vida en vista de unos fines valiosos.

Más allá de estas críticas, Casanova coincidiría con Kant acerca de la fórmula del imperativo categórico directamente relacionada con la dignidad y la autonomía. Al fin y al cabo —le expresaría el veneciano al filósofo alemán— he luchado toda mi vida por mi dignidad, para que me tomasen en serio a pesar de mi condición de bastardo. He luchado además para defender mi autonomía en cuanto a estilo de vida, estrategias de autorrealización personal y medios para asegurar la felicidad. Y en cuanto a la dignidad

35 “Me sentía muy feliz de haber regresado a mi patria, Venecia, que amaba como cada hombre ama la suya, en virtud del mayor prejuicio que exista” (S, I, 843).

de género, he reivindicado una sustancial igualdad de derechos entre hombres y mujeres, en contra de quienes pretenden perpetuar la dependencia e inferioridad femenina. He sido en ello más coherente que el mismo Kant, quien sigue contraponiendo la belleza de la mujer al carácter sublime del hombre.

A manera de conclusión. Figura compleja y contradictoria, poco o nada conocida en proporción con el uso y abuso que se hace de su nombre, la de Casanova ilustra de manera paradigmática el esplendor y la miseria del sujeto moderno, solitario y libre, desarraigado pero celoso de su falta de compromisos, confiado en sí mismo pero conciente de la precariedad de su existencia. Con su talante inconfundible, se diferencia de otras figuras paradigmáticas del individualismo moderno: comparte con Fausto el carácter nómada y la búsqueda incesante, pero sin el afán por lograr el *höchster Augenblick*, conforme como está con los placeres que la vida le va deparando; y si la obsesión compulsiva por las estrategias de seducción pareciera acercarlo a don Juan, lo separan del impenitente seductor los móviles de sus conquistas, el deseo de goce más que el resentimiento o la venganza, y el trato sustancialmente respetuoso frente a las mujeres.

A lo largo de los dos últimos siglos Casanova no ha logrado dormir sueños tranquilos, acusado de inmoralismo por parte de la tradición católica, que le ha reservado a sus obras un lugar de honor en el listado de los libros prohibidos; cuestionado por su apego a los privilegios y prejuicios del antiguo régimen, por parte del marxismo; objeto de sospechas por su dudosa sexualidad —¿un homosexual disfrazado?— por parte de psicoanalistas y psiquiatras³⁶; y en tiempos más

recientes criticado por el feminismo, poco o nada entusiasta con los mitos de los grandes seductores. Todos estos críticos registran con satisfacción el último acto de la vida de Casanova en el infierno de Dux, considerado un merecido castigo por una vida pernicioso y desperdiciada.

Más allá de estas críticas, cabe destacar la calidad literaria de sus relatos. Fascinado por la fuerza narrativa y el estilo depurado de la *Historia de mi vida*, Paul Lacroix no dudó en atribuirle, en 1857, a la pluma de Stendhal. De hecho le debemos a Casanova un retrato original del siglo musical y sensual en el que vivió (en el que se gestaron las grandes revoluciones de la Modernidad) y de los hombres más influyentes en la política y en la cultura, muchos de ellos conocidos personalmente, como Luis XV, Federico II y Catalina de Rusia. Si bien muy pocos han tomado en serio su pretensión de ser reconocido como un filósofo, nadie se atrevería a negar que el veneciano enfrenta con coraje cuestiones cruciales de la existencia. No nos brinda quizás soluciones originales, pero nos ofrece a cambio un raro ejemplo de coherencia entre teoría y praxis, ciencia y vida.

Por encima de todo Casanova fue un espíritu libre, enamorado de la vida e inconforme con los prejuicios y las ataduras que pretendían someterla y reprimirla. Quiero concluir el ensayo con este himno apasionado a la libertad, incluido en el tercer tomo de sus *Memorias*: “No existen dudas de que un alma noble no creará nunca en no poder ser libre. Pero, ¿quién es verdaderamente libre en este infierno llamado mundo? Nadie. Solo puede serlo el filósofo, a través de sacrificios que quizás no compensen aquel fantasma llamado libertad” (S, III, p.354). ✱

36 El diagnóstico formulado por el doctor Marañón habla de una indecisión sexual propia de un tipo morfológico eunucoide e hipogenital.